

R B A

VIVECA STEN

Morirás esta noche

UN CASO DE THOMAS ANDREASSON Y NORA LINDE

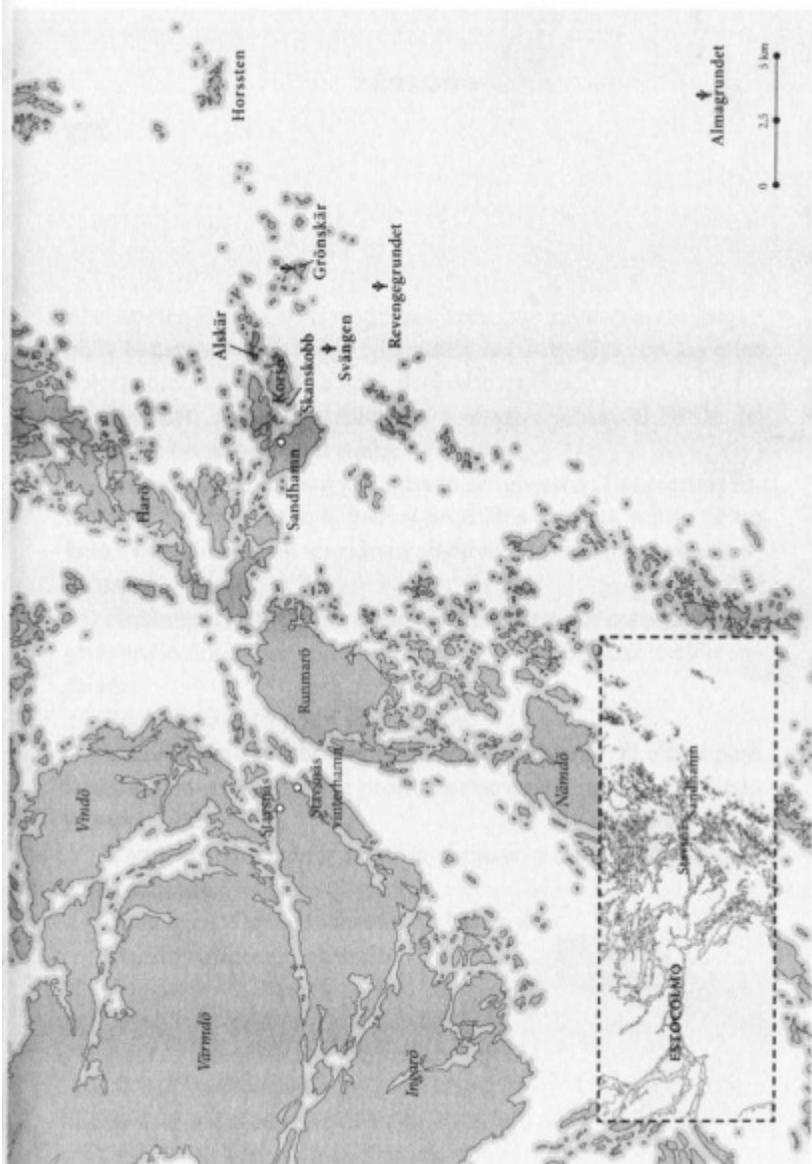


VIVECA STEN

MORIRÁS ESTA NOCHE

Un caso de Thomas Andreasson y
Nora Linde

A LENNART, SIN TI SOLO SOY LA MITAD



PRÓLOGO

El chapoteo le recordó el ruido que hacen los niños cuando juegan en la bañera. Si cerraba los ojos podía ver una playa con los críos correteando de un lado a otro, despreocupados.

Después, un último chapoteo y el agua rebasó el borde del cubo y se derramó por el suelo.

Los brazos que se habían agitado se relajaron. Las piernas todavía se movían, como si fueran pececillos de plata yendo de un lado a otro sin ningún sentido ni objetivo. Movimientos espasmódicos.

Finalmente, las piernas dejaron de moverse y el goteo lento del grifo era lo único que rompía el silencio en aquella habitación encalada.

Recordaría ese sonido toda la vida.

Un fuerte olor a jabón impregnaba el ambiente. El olor a pino le penetraba en la nariz y le producía náuseas. Se rehusó. El miedo lo supera todo.

Sintió un calor que le recorría el muslo y comprendió que se había orinado.

Daba igual. De todas formas, ya era tarde.

El grifo continuó goteando.

DOMINGO,
16 DE SEPTIEMBRE DE 2007

(PRIMERA SEMANA)

1

La chica parece asustada.

—Tenéis que venir, ahora, inmediatamente.

—¿Puedes decirme primero cómo te llamas?

La voz profesional del 112 es aséptica, sin llegar a ser desagradable. En la pantalla, las cifras digitales muestran la hora exacta: las diez cero tres de la mañana.

—Es terrible... es Marcus.

—¿Puedes intentar explicarme qué ha pasado? —pregunta la operadora—. Tranquilízate y cuéntame.

—Estoy en su casa.

—Dame una dirección.

—No respira. Está colgado. —El llanto y el hipeo se mezclan al responder—. No puedo descolgarlo.

—Dame la dirección de donde estás.

Se oye de fondo a los demás compañeros del servicio que atienden otras alertas. Hasta el momento, el día había sido tranquilo. Es un domingo por la mañana y las alertas del sábado por la noche ya se han atendido. La operadora comienza su turno a las seis de la mañana y a estas horas ya se ha tomado tres tazas de café.

—¿Dónde estás? —le vuelve a preguntar.

Ahora la joven al otro lado del teléfono se calma.

—En la calle Värmdögatan 10 B, en Nacka. —La chica pronuncia las palabras con dificultad—. Donde están los pisos de los estudiantes —dice entre sollozos—. Habíamos quedado para estudiar juntos.

—¿Cómo te llamas?

—Amanda.

—Amanda, ¿qué más?

—Amanda Grenfors.

Las palabras son espesas, confusas, como si no pudiera asimilar lo que está viendo.

—Intenta contarme qué ha ocurrido.

Mientras habla, la operadora toma notas. La dirección donde está la chica está muy cerca de la comisaría de Nacka. En pocos minutos la policía se podría personar ahí.

—Marcus cuelga del techo de una cuerda —dice la chica—. Tiene la cara azul.

La voz se le rompe.

La operadora espera. Pasan unos segundos.

Se oye en voz baja:

—Creo que está muerto.

El portal del edificio está abierto cuando la policía llega. La casa se construyó en los años cuarenta y la cantidad de bicicletas aparcadas delante delata que se trata de una vivienda para estudiantes. Es uno de esos edificios que se rehabilitaron para intentar paliar la enorme necesidad de viviendas estudiantiles que había en la capital.

Los dos policías suben por una escalera y se adentran por un pasillo largo con una decena de puertas a cada lado. Pasan por delante de la cocina, donde una pila de platos sucios llena el fregadero. Sobre uno de los armarios hay una nota escrita a mano: «¡Recoge tus cosas! ¡Tu madre no vive aquí!».

No hay nadie, tan solo una bolsa de basura sin atar en una esquina. Por el olor se puede suponer que lleva ahí bastante tiempo.

Al fondo del pasillo hay una puerta abierta. Junto a la entrada del apartamento, con la espalda apoyada en la pared del pasillo, está sentada una chica. Viste unos vaqueros y unas zapatillas negras. El enorme jersey rojo oscuro parece demasiado grande para su cuerpo delgado.

—¿Te llamas Amanda? —pregunta la policía.

—Hmm.

Una cara surcada por las lágrimas se gira hacia ella. La policía se agacha y roza ligeramente la mano de la joven.

—¿Cómo te encuentras?

—Cuelga allá dentro. —Levanta la mano derecha y señala temblorosa—. Del gancho de la lámpara.

Los policías miran hacia donde señala la chica. Está amaneciendo y con la repentina luz se pueden ver pequeñas motas de polvo flotando en el aire. Forman un aura brillante en torno al solitario cuerpo que pende del techo. La cabeza colgando y el ángulo del cuello confirman lo que ya sospechaban.

Marcus Nielsen está muerto.

2

Corría sobre el crujiente hielo en las afueras de Sandhamn. El hielo se resquebrajaba bajo sus pies. El agua lo envolvía y sentía como si los dedos de las manos y los pies se rompieran, congelados. La fría brisa marina presionaba el aire en sus pulmones y le dejaba la sangre sin apenas oxígeno.

Pronto se ahogaría en aquel canal tan profundo. Nadie vendría a rescatarlo porque nadie sabía que estaba allí.

Lloraba.

No quería morir. No de esa manera. No tan solo y sin poder despedirse.

El agua que congelaba su cuerpo le drenaba toda la energía y se arrepentía de todo lo que no había hecho o dicho hasta ahora.

¿Pero cómo habría podido saber que su tiempo se acababa?

Mientras perdía la sensibilidad del cuerpo se dio cuenta de que su corazón latía más despacio, que se estaba quedando inconsciente. Pronto se extendería un falso calor a través de las venas, él dejaría de luchar y todo se habría acabado.

Sin embargo, no quería morir así. No ahora. No sin Pernilla a su lado.

Tenía tanto frío que dejó de agarrarse. Se hundió de nuevo en el agua fría mientras el cuerpo se le adormecía. Ya no podía ofrecer más resistencia.

Sonó, estridente, una alarma rabiosa que pedía su atención. Abrió los ojos y entendió que estaba en su cama. Pernilla respiraba profundamente a su lado.

Alargó el brazo y buscó el teléfono sobre la mesita de noche.

Los dedos se cerraron entorno al objeto de metal pero el móvil se cayó al suelo.

El móvil dejó de sonar durante unos segundos, pero al cabo de un rato comenzó de nuevo. Más alto esta vez. El sonido no paraba y Pernilla se movía inquieta a su lado.

—Es tu móvil —murmuró.

Su voz le devolvió a la realidad.

Giró las piernas sobre el borde de la cama, pero cuando apoyó el pie izquierdo en el suelo estuvo a punto de perder el equilibrio. Todavía no se había acostumbrado. Se agachó y cogió el móvil.

Cuando presionó el aparato contra su mejilla este quedó húmedo por sus lágrimas.

Su voz sonó áspera cuando contestó.

—¿Sí? Soy Thomas.

3

De camino al coche, Margrit Grankvist repasó la escueta información que la jefatura le había facilitado.

Estaba desayunando con Bertil cuando la llamaron. Las dos niñas todavía dormían. Bertil apenas alzó la nariz por encima del borde del periódico, y enseguida entendió que Margrit tenía que irse.

A estas alturas ya estaba acostumbrado. Margrit esbozó una sonrisa cuando pensó en su marido. Era profesor de instituto de inglés y sueco. Sabía que algunas de sus amigas no le consideraban el más interesante de los hombres. Sin embargo, llevaban juntos más de veinte años y tenían dos hijas preciosas adolescentes. Anna terminaría el instituto en primavera y Linda acababa de empezar.

Margrit abrió la puerta del coche y se sentó en el asiento del conductor. Era una mañana fría y ya empezaba a notarse la llegada del otoño. El veranillo de san Miguel que habían disfrutado durante unas semanas pronto sería sustituido por vientos fríos y cielos nublados. Las noches co-